

Mas Teófilo Cid no puede privarse, aun cuando se arrepienta —pluralizando—ocupan toda la calle y se llevan el decoro, la dignidad de los varoniles», un lenguaje peregrino y delicado.

Mirar es el comienzo, la caída primera. Así, cuando un personaje de Bouldroud mira, se da cuenta que ella «anunciaba un paraíso en sus ojos». Y otro se pregunta, maravillado: «¿Podría dudar de las miradas de un ángel? ¿Acaso hay un mortal que dude de la claridad de un sol y del dulce resplandor de las estrellas?». Porque «el encanto sereno que fluía de su inocencia me hacía adscribirla a un mundo más alto». A la que, no obstante, querrá «destrozar espiritualmente», ejerciendo sobre ella una «especie de bestial fascinación».

Y todo en un estilo agudo, sonámbulo, iluminado por los matices de un arco iris difuso que atara cielo y tierra en un mismo cristal: «En ese instante se hundió el broquel de mi orgullo y toda la amargura de años, depositada como un verdor de musgos sobre las potencias de mi alma, estalló en sollozos. Soledad interior para la soledad externa de un mundo girante, de ópalo. Sí, de ópalo, porque allí toda imagen de sujeción a un color se pierde y hay olas de inquietud, de matices sobre el riente tornasol de la concha de perla, y esas olas son las mismas que repliegan en la escoria del desierto las luces de un sol de espectro, carnal y vengativo».

Y al poner término a la lectura de Bouldroud, anotamos: Libro demoníaco y corrosivo.—GONZÁLEZ Y PACHECO.

<https://doi.org/10.29393/At204-17MPAC10017>

MOTIVOS DEL PUERTO Y OTROS POEMAS por *Alejandro Reyes*.—
Editorial Nascimento

En el ruido del mundo actual que siente su fatiga y su sangre, estos poemas tienen una resonancia de huerto en reposo, y aunque aparezcan en su horizonte mástiles que se mue-

ven en el viento errabundo, conservan el sello del poeta melancólico que los creara.

Reyes no busca el canto que inaugure nuevas modalidades líricas; mece su espíritu en la leyenda y brillo del mar o nos lleva de viaje por esta América nuestra y además tiene voces que perpetúan los nombres de poetas como Juan Egaña y Aliro Oyarzún, dos temperamentos anclados en la muerte antes que el sol de sus días ascendiera al cénit.

Alejandro Reyes cuida la forma de sus poemas y su expresión fluye armoniosamente y ya lo anime la visión densa del mar o de los puertos estridentes, sabe coger siempre en sus estrofas la luz del momento que deja al pasar su efigie fugitiva.

Parnasiano o simbolista, el poeta plasma en suave serenidad su himno y la notalgia lo conduce a los años infantiles que se balancean arriba del tiempo como dulces banderolas desaparecidas en el vaivén de las noches inolvidables.

La personalidad de Reyes no se limita únicamente a labrar la santa madera del verso, sino que además es un médico de corazón abnegado que ha vivido a orillas de la angustia y que para distraer el sabor del lianto ha cerrado los ojos y canta conmovido.

Confiesa el poeta, en transparentes palabras, que sus estrofas debieron haber sido publicadas hace tiempo. Sin embargo, esta circunstancia no empaña el mérito de sus poemas, realizados con fervor y con un sentido de permanencia que prestigian a un alma que arde y eleva su ritmo musical.

La obra de Alejandro Reyes está dividida en «Motivos del Puerto», «Rutas», «Elegías» y «Voces rezagadas» y el tema central que gravita en sus más claras estrofas es el mar que lo inunda de melodía desde su infancia.

Hay poemas como «El ancla», «Beach Cumbers», de donde ha nacido, el chilenismo *bichicuma*, «Envío» y otros, en los que la inspiración del lírico vaga con la seguridad del que vive

en su elemento, desde la entraña en que nace el canto y la tristeza.

A veces, entre los mástiles de estos versos nos parece vislumbrar la sombra sublime de Charles Baudelaire, aunque no hallemos en las imágenes de Reyes influencias del lacerado autor de «Las Flores del Mal».

En «Rutas» desfilan puertos del Pacífico con su colorido especial y ese murmullo que se interna en el pecho del viajero que coge en su espíritu cielos, panoramas, sonrisas de mujeres, lamentos de la tierra herida al andar.

En «Elegías» se evocan figuras de Juan Egaña y Aliro Oyarzún, y el recuerdo alumbra con ese tenue resplandor con que asistimos a las exequias de aquellos que han desaparecido en mitad de la esperanza, sin que su labor artística hallara el molde definitivo.

Alejandro Reyes entrega en su obra un jirón de su pasado armonioso y lo hace con la serenidad de aquel que avanza en la tierra al compás de sus sentimientos, sin premura ni cansancio y da a la vida su voz en la que ha dejado el mar cristales y espumas.

Los poemas de Reyes responden a una sed de belleza, mantenida desde sus horas de adolescente, cuando en el rostro de todas las cosas presentía el poeta la solemne cadencia del océano.

Veamos en sus cantos a un caracol de nuestras playas y llevémoslo al oído para escuchar su rumor perseverante y de este modo la luz del poeta será nuestra.—ANGEL CRUCHAGA S. M.



LA CIUDAD ENCANTADA.—Cuentos de *Januario Espinosa*. Santiago, 1942

Mucho tiempo había permanecido en silencio, el autor de «Pillan», esa hermosa novela de la aldea chilena, que seguramente seguirá siendo el más feliz de los aciertos de Januario